

suspiciosa culpabilizadora el niño que no muestra tanta creatividad como su avanzado maestro espera de él. Se les corta un traje a la medida de nuestros terrores o de nuestras ilusiones y se les estira o achata hasta que caben en él. Ni siquiera pretendemos hacerlos como nosotros, sino como nosotros imaginamos a los niños felices, pleonasma que nos desborda y, secretamente, nos inquieta... Ellos resisten como pueden: van creando sus indómitas subculturas, su diminuto maquis tierno y cerril, sus redes guerrilleras de jugueta. Se hurtan a nuestras lecciones, se escabullen del paraíso que les fabricamos. Saben convertir los castigos en premios y viceversa; se dan como santos patronos a los personajes más amorales y menos recomendables, como brujas y piratas. Procuran olvidarse de todo, protestan tenazmente con su mala memoria. Son como niños... De vez en cuando aprovechan la oportunidad subversiva que les brinda algún adulto quintacolumnista, con vocación de niño disfrazado. Así sucedió con la iniciativa teatral de Carlos Luis Aladro, cuando les abrió un portillo por el que ellos invadieron con desconcertante eficacia el escenario.

Debo decir ante todo que yo no puedo ser neutral ante la aventura del Ratón del Alba. Aunque mínimamente, colaboré en ella y guardo un recuerdo sorprendentemente feliz de aquellos días. Para mí, el Ratón del Alba sigue simbolizando algo diferente, importante y libre. Al Ratón del Alba lo parió Carlos Aladro —o, más bien, le ayudó a nacer nada más, porque él tenía suficiente vitalidad como para parirse solo— en Cádiz, en un reformatorio donde Carlos luchaba porque aquellos dignos pedagogos en cuyas filas era quintacolumnista no reformasen demasiado a los niños. Después, el Ratón se vino a Madrid y, primero en un colegio de mucho pago y luego en una escuela del Pozo del Tío Raimundo, siguió luchando aquí porque a los niños no les enseñen demasiado, es decir, porque ellos también puedan enseñar lo suyo, lo que ya saben y los mayores no quie-



ren aprender. ¿Qué fue en síntesis la experiencia del Ratón del Alba? Carlos Aladro la describe así: "Una serie de obras de teatro escritas por los niños y representadas por los niños para los niños, entre los años 1960-1971. Ellos crearon la música, los elementos escenográficos, los vestuarios, los títeres... Proponían la luminotecnia y las características del espacio de sus juegos dramáticos. Asumían en su totalidad el trabajo propio al ejercicio del arte dramático. Eran, por tanto, poetas, jugadores y artesanos". Soy testigo e hijo de notario: doy fe de que así fue. Ahora aparece un libro (1) en el que se publica lo esencial —o, mejor, lo publicable de lo esencial, pues hubo cosas esenciales que escapan a la imprenta— de la experiencia del Ratón del Alba. Tras un precioso prólogo de Carlos Aladro, se incluyen las obras más significativas de ese período, con numerosas ilustraciones de los mismos niños y testimonios gráficos abundantes de las representaciones y manuscritos.

Para quien no haya perdido la frescura de su receptividad literaria, embotada por la apabullante estupidez del 90 por 100 de la literatura "seria" de hoy, las piezas dramáticas de los ni-

(1) "El Ratón del Alba (Antología de teatro infantil)", de Carlos Luis Aladro. Editorial Nacional, 1975.

ños supondrán una auténtica conmoción estética. Me apresuro a decir que no hay entre ellas prodigios precoces ni sospechosas maravillas de esas tan sensatas que "parecen escritas por papá". No, su gracia está en que son cosas tan absolutamente infantiles, que papá, empeñado en hacer las cosas como deben ser, las hubiera estropeado a fuerza de querer hacerlo "mejor". La mirada que los niños pasean por el mundo es ingenua y cruel: son juntamente trágicos y risueños, escépticos e ilusionados, ciegamente capaces de la más pura alegría y asombrosamente conscientes de la realidad íntima del dolor. No se hacen demasiadas esperanzas sobre lo que los mayores preparan para ellos, pero tampoco mitifican el presente que viven. Aborrecen la perpetua conspiración de los violentos contra el gozo inexplicable de los humildes, de los bohemios, de los payasos de circo. Creen que la energía y la decisión de los limpios triunfará contra el cerco oscuro y poderoso de la muerte, pero saben que no ha de ser fácil. A veces, dan testimonio de una solidaridad tan fulgurante y profunda que bastaría para devolver la vida al más asqueado de todo: la Gaviota le dijo al Niño: porque estas tan triste mirando el mar azul; y el Niño repuso: **esque me gusta mucho ber pasar a los barcos; y la Gaviota:**

amitambien me gusta beslos pasar. Y se hicieron amigos. ■
FERNANDO SAVATER.

Un escritor argentino

En España, es poco lo que se conoce de la literatura hispanoamericana; a pesar del famoso "boom", que reveló algunos talentos y dio efímera nombradía a escritores de menores cualidades, el continente suramericano —enorme, de variados paisajes y peculiaridades— sigue siendo poco conocido en su dimensión literaria y cultural. Aparte de algunos privilegiados cuyo renombre ha trascendido las barreras de la nacionalidad, del idioma, del prejuicio casi racial, la mayoría de los autores panameños, colombianos, peruanos, ecuatorianos, etc., siguen siendo desconocidos para el público español. En un momento en que las regiones españolas claman por el reconocimiento de sus peculiari-



Manuel Mujica Láinez.

dades culturales, aquí se sigue manteniendo frente a Suramérica la postura de una metrópoli frente a sus colonias.

Dentro de este casi desconocido y variopinto panorama de la literatura suramericana, Argentina brilla con luz amarillenta. El escritor argentino se ha sentido casi siempre más europeo que americano, heredero de los fastos de la "vieja Europa"; la mezcla de razas emigrantes que puebla las pampas y las inmensas ciudades, donde se amalgaman descendientes de húngaros, turcos, italianos, franceses, armenios y españoles, y la ausencia

de una población amerindia considerable, ha producido una raza extraña. Un pueblo de emigrantes que anhelan sus orígenes.

Por eso, mientras los novelistas de otras nacionalidades han retratado con pompa bárbara el oropel de la selva, el salvajismo social, los golpes de Estado y la crueldad siempre variada y siempre rica de los descendientes de indios y conquistadores, los argentinos han pintado paisajes igualmente variopintos, pero cosmopolitas, teñidos con suaves colores de champán. De la Argentina, o de Uruguay, su provincia cultural, han surgido fenómenos como el modernismo, escritores como Rubén Darío: brillantes y esplendores de espejo veneciano, fulgores de bola de cristal que remata la barandilla de una escalera monumental. Más cercano a nosotros, el argentino Jorge Luis Borges ha dotado a todas las superficies espejeantes de los salones de una profundidad de buen tono, creando un laberinto universal cuyo centro está en el Buenos Aires de la imaginación y del mito. La profundidad de Borges es juego, paradoja elegante, brillo inteligente de conversación. La cultura argentina toda es de salón; y esta frase no tiene ningún sentido peyorativo: Jean Cocteau hubiera debido ser argentino.

Manuel Mujica Láinez resume argentinismo por todas las páginas de su extensa obra: es el intérprete brillante de una realidad multicolor, el representante de ese Buenos Aires mágico y europeizante, más parisino que el mismo París. Su obra está tocada por el ala de ese pájaro que transmuta en cursilería el trabajo de los sin talento, y que da a los demás un verdadero refinamiento. Poco conocido entre nosotros, salvo para la sempiterna camarilla de los exquisitos, su obra nos acaba de ser presentada en antología por Luis Antonio de Villena (1). Este traza, con pluma que transmite un verbo sabio, el perfil biográfico y literario del autor; y luego nos da una selección de sus textos muy cuidada, que tiene el mérito de infundir el deseo de leer más, de

(1) "Antología general e introducción a la obra de Manuel Mujica Láinez", Luis Antonio de Villena. Ed. Félmar. Col. La Fontana Mayor.

buscar las novelas de las que han sido extraídos tales fragmentos, brillantes y aguzados.

De los textos aquí escogidos se deduce la temática única, pero multifacética, del autor: la vida, la vida abigarrada y multiforme, igual a sí misma y siempre cambiante en todas las latitudes, bajo todos los cielos, en cualquier época. Palpita en sus escritos un gusto por la vida, que se traduce en deleite en la belleza bajo todas sus formas: objetos, cuadros, edificios, misteriosos libros, jóvenes de cualquier sexo. Sus narraciones transcurren en escenarios variados, desde la Europa Medieval al mismo Buenos Aires, o en el mundo entero del Renacimiento. Para Mujica Láinez el Universo todo es un lugar unitario, un lugar donde se unen la belleza, el éxtasis y el horror, un campo de batalla y de aventuras grandiosas y graciosas.

Su narrativa extensa ha sido tachada de decadente, palabra muy de moda en nuestro vocabulario último. Lo es, si se llama decadente a aquello que hace brillar los resplandores fantomáticos de un mundo en continua transformación, que se está perdiendo continuamente a sí mismo; a aquello que prefiere la noche al día, porque en la noche resalta más el brillo de las joyas; pero si por decadente se alude a lo que decae, se pudre y se descompone, si es decadente lo que está muriendo, entonces no podemos calificar de tal la obra de un escritor brillante y ameno, que se renueva en cada escrito. Yo prefiero el término "esteticista", que da a la narrativa de Mujica Láinez una dimensión moral; para él la belleza —y lo bello es, muchas veces, lo raro— se convierte en un valor supremo, y lo excepcional es lo que puede y quiere dictar sus leyes.

El estilo literario de Mujica Láinez es rico y sinuoso: el lenguaje castellano adquiere en sus manos la precisión de un instrumento cortante. Recuerda, a veces, la riqueza conceptista de Alejo Carpentier, pero este último parece siempre traducir del francés, en tanto que a Mujica se le nota vivir su idioma. Idioma que enriquece con quiebros porteños, que pliega en inflexiones y giros tan internacionales como atemporales. El barroquis-

mo de largo aliento de sus frases sirve, paradójicamente, para conferir a lo escrito una mayor claridad, una más exacta adecuación. ■ E. HARO IBARS.

Por unos Ayuntamientos democráticos

La preocupación de los ciudadanos por los problemas que plantea diariamente la vida comunitaria y su organización de barrios, con vistas a buscar conjuntamente soluciones, constituye uno de los hechos más desta-

presentados" del cómo y el porqué de sus decisiones.

Hoy, sin embargo, las cosas están cambiando. Palmo a palmo, luchando contra la falta de asistencia, cuando no la abierta hostilidad de la Administración siempre recelosa hacia cualquier brote democrático, los ciudadanos han ido conquistando su derecho, tanto tiempo negado, a intervenir en el arreglo de los asuntos que les afectan directamente. Asuntos como la lucha contra el chabolismo, la construcción de escuelas y guarderías públicas y gratuitas, la mejora en la asistencia sanitaria, la ampliación de la red de



Las asociaciones ciudadanas durante la primera manifestación autorizada en Madrid (calle de Preciados).

cables del actual panorama político por su trascendencia para la configuración del futuro democrático.

Es bien conocido, en efecto, que el capitalismo español ha aprovechado como nadie la desmovilización ideológica y la atomización ciudadana de los años de franquismo para llevar a cabo sus prácticas depredatorias. La especulación del suelo, la construcción de ciudades-colmena, la destrucción —siempre escandalosa— de zonas verdes y toda una ristra de desmanes urbanísticos se han visto así directamente favorecidos por la incapacidad de los vecinos para formular y canalizar de alguna manera su protesta. Mientras tanto, los ediles municipales han venido haciendo y deshaciendo, sin dignarse dar cuenta las más de las veces a sus supuestos "re-

transporte colectivo, la creación de zonas verdes y de recreo, la descentralización de la vida cultural ciudadana: en una palabra, todo cuanto se refiere a la calidad de la vida.

Naturalmente, una organización de este tipo sin más, sino que es fruto de la actividad constante y hasta ahora siempre arriesgada de ciertos grupos de vecinos especialmente conscientes y solidarios, quienes actúan como catalizadores y portavoces de las aspiraciones muchas veces difusas de los demás ciudadanos.

Es evidente, por otro lado, que siendo los problemas y las dificultades que se plantean en los distintos barrios, ya que no idénticos, sí al menos paralelos, se hace cada vez más necesario, a la hora de consolidar los esfuerzos organizativos, intercam-